

CONCLUSIÓN

EL DEBATE SOBRE LA MUNDIALIZACIÓN*

Samir Amin

Los textos reunidos en el presente volumen fueron elaborados como conclusión de los debates sobre la realidad y las perspectivas de la mundialización, organizados por el Foro del Tercer Mundo (FTM; Dakar). Los autores participaron junto con muchos otros en estas discusiones, sobre las cuales el Foro produjo ya un informe.¹ A manera de conclusión para este volumen, quizás sean de utilidad algunos señalamientos sobre los problemas abordados en dichos debates.

Desde luego, estos problemas se referían por un lado a las tendencias y las características permanentes y/o nuevas de la mundialización, y por otro a las singularidades de la dialéctica de lo general (mundo) y lo particular (países y regiones de referencia).

I

Existen sin duda puntos de anclaje comunes a todos los autores de esta obra, e incluso a la mayoría de quienes participaron en las discusiones más amplias, organizadas alrededor de los temas tratados aquí.

* Traducción de Marcos Cueva Perus, IIS/UNAM.

1. «Compte rendu» (informe) (mimeo.), Dakar, FTM, 1990-1991.

Todos nos situamos en una perspectiva globalista que hace de la polarización (del contraste entre centros y periferias) un rasgo inmanente a la expansión mundializada del capitalismo. Queda claro sin embargo que sobre muchas cuestiones nos separan puntos de vista diferentes, o en todo caso que éas constituyen para unos y otros problemas a los cuales no se han dado respuestas convincentes.

1) ¿Cómo se pueden definir la «mundialización» y la «polarización» que la acompaña? ¿Dónde debe ponerse el acento? ¿En la formación de un mercado mundial de bienes y capitales? ¿En el carácter universal de las tecnologías competitivas? ¿En la progresión hacia la constitución de un sistema productivo mundial? ¿En la creación de estructuras globales de financiamiento que captan el ahorro y aseguran su redistribución a escala mundial? ¿En el aspecto cultural de la universalización? La lista de puntos de vista a partir de los cuales se puede mirar el fenómeno de la mundialización no tiene fin.

Se han producido desde luego teorías generales que apuntan a dar cuenta de dicha polarización: la teoría (leninista) del imperialismo, la o las teorías formuladas en el marco de la visión del «sistema mundo» («economía-mundo»), y otras.² Sobre estas cuestiones, cada uno tiene su punto de vista particular, muy crítico a veces, pero todos, creo yo, concuerdan en que las respuestas de estas escuelas siguen siendo insuficientes.

2) ¿Es o no estable la mundialización? O en otros términos, ¿produce estabilidad, o agrava por el contrario la inestabilidad? Las respuestas —diversas— a estas preguntas generales se articulan a partir de los análisis —diversos también— de la dialéctica de los factores mundiales y los factores internos propios a cada sociedad.

El punto común a las diversas respuestas está en que todos consideramos que el análisis no puede llevarse a cabo en el terreno exclusivo de la economía. La articulación economía/política es decisiva. A título de ejemplo: ¿no es acaso evidente que aspectos decisivos de la economía europea integrada

2. Samir Amin, «Capitalisme et système-monde», *Sociologies et Sociétés*, otoño 1992, Montreal.

dependerán del tipo de poder supranacional del que (a lo mejor) se dote Europa?

Un segundo punto común atraviesa todas las respuestas a la pregunta anterior: en la periferia del sistema, la polarización produce más inestabilidad que estabilidad, como lo atestiguan las dificultades para un funcionamiento democrático de las sociedades y del poder. Pero aquí también las teorías que se proponen dar cuenta de este hecho son diversas. Unas, como el neoweberianismo, hacen énfasis en la herencia cultural premoderna; otras, en las contradicciones producidas por el sistema moderno. Por lo demás, existen evidentes excepciones —es decir, fases de estabilidad en la expansión de ciertas periferias— que merecen una atención particular e impiden la generalización vaga y amplia, sin matices. La mundialización acentúa la diferenciación entre las propias periferias. Hay ganadores y perdedores. ¿No fue por ejemplo la competencia entre los Estados Unidos y el Japón un elemento favorable que contribuyó a abrirle paso a Corea?

El argumento es producido y reproducido sin cesar por todos aquellos que adoptan una visión por etapas, según la cual las periferias pueden superar el atraso, que de ellas depende, y que la mundialización les ofrece una oportunidad para ello. Nuestra visión compartida muestra que se trata de una esperanza vana, y que la polarización, aunque sea diferenciada, sigue siendo un rasgo intrínseco al capitalismo mundial. Por mi parte, lo explico poniendo el acento sobre el hecho de que el mercado mundial está truncado, ya que excluye el trabajo de la globalización.

Así, más allá de las respuestas generales, hay respuestas concretas particulares para las situaciones concretas de los diferentes socios del sistema mundial. La mundialización asegura la estabilidad del sistema acentuando aquí ciertas contradicciones, incluso hasta volverlo explosivo, y atenuándolas allá. Por mi parte, he adelantado en este terreno dos tesis complementarias. La primera afirma la necesidad de distinguir entre dos tipos de periferias. Las periferias tipo Tercer Mundo de mañana, a corto y mediano plazos ganadoras de la expansión mundial, son relativamente estables, aunque no siempre capaces de fundar su estabilidad en la democracia. Entre las periferias tipo Cuarto Mundo —las perdedoras— predominan en cambio los factores de inestabilidad, que se expresan a menu-

do en el *impasse* político. La segunda tesis se refiere al sistema global tomado en su conjunto, modulado por los conflictos inter-centros (y la famosa cuestión de la hegemonía, económica y/o político-militar, hoy en día la de los Estados Unidos), y por sus posibilidades diversas de desarrollo. A este respecto, he adelantado que en el corto y mediano plazos, nuestro mundo se caracterizará más por el caos que por el orden, por oposición a la fase —ahora clausurada— de la posguerra (1945-1990), que fue bastante estable, y permitió así el despegue (muy desigual) de las naciones del Tercer Mundo.³

3) ¿Está la mundialización entrando en una nueva fase?

Todos estamos de acuerdo en que la mundialización no es una novedad de la historia, puesto que desde hace cinco siglos caracteriza a la modernidad. Pero estamos también de acuerdo en que la mundialización debe ser periodizada. Ahora bien, para unos y otros los criterios de esta periodización no son siempre los mismos. Un debate permanente, rico y fecundo alimenta nuestras discusiones sobre la historia del capitalismo realmente existente.

Tal parece que para despejar los rasgos cualitativamente nuevos de la mundialización, la mayoría de nosotros otorga una importancia particular al hecho de que un sistema productivo mundializado está tomando el lugar de los sistemas productivos nacionales autocentrados hasta aquí dominantes. La evolución en esta dirección se ha acelerado al punto que los conflictos inter-centros ya no son de la misma naturaleza que los antiguos conflictos inter-imperialismos hasta la Segunda Guerra Mundial. La dicotomía entre una economía transnacionalizada integrada (por lo menos a nivel de los centros) y la política (que sigue siendo ampliamente nacional) es una característica nueva del sistema. Trae a su vez un conjunto de problemas nuevos de diversa índole: ideológicos y culturales, de gestión política, de geoestrategia. Al mismo tiempo, el surgimiento de un sistema productivo mundializado remodela a las periferias sobre la base de nuevas diferenciaciones. ¿Están los NIC, como se les llama —es decir las nuevas periferias industrializadas y competitivas— integrados en esta evolución?

3. Samir Amin, *L'empire du chaos, la nouvelle mondialisation capitaliste*, L'Harmattan, París, 1991.

¿Lo están al punto de hallarse en el camino de cubrir la brecha del atraso, es decir, de convertirse a su vez en centros? Aquí, los puntos de vista están matizados. Por mi parte, adelanto al respecto la tesis de que el contraste entre países industrializados y países no industrializados, que ha sido casi sinónimo de contraste entre centros y periferias durante un siglo y medio, ha dejado de ser el criterio de la nueva polarización. De cualquier forma, estamos todos convencidos de que la nueva estructura creada por el surgimiento de un sistema productivo mundializado obliga a volver —para desarrollarla— sobre la teoría del imperialismo. ¿Está un imperialismo difuso, que integra a las tres regiones centrales (los Estados Unidos, el Japón, Europa occidental y central) y en menor grado a las periferias industrializadas competitivas, sustituyendo a los viejos imperialismos, siempre en plural, y en conflicto tanto entre sí como con los pueblos de las periferias?

4) ¿Es nuestra época la de una crisis general, del capitalismo en sus centros y sus periferias diferenciadas, y desde luego del socialismo?

Nuestra respuesta general a esta pregunta es que sí. Pero por sí sola esta respuesta común no resuelve las interrogantes sobre la naturaleza de esta crisis, ni sobre la articulación con la manera en que se despliega en las diferentes esferas de la vida social y en los diferentes componentes regionales del sistema.

Tratándose de la crisis en las regiones del capitalismo central, todos coincidimos en que no se puede analizar si se permanece en el terreno exclusivo de lo económico. Pero en este terreno los acentos están colocados en aspectos diferentes de la crisis. Ninguno de nosotros la reduce a la «crisis del fordismo», como ocurre a veces en análisis occidentales que nos parecen por este hecho occidentalocéntricos, aunque todos aceptemos que esta crisis del fordismo es real y constituye sin duda una dimensión del problema. Por mi parte, al compartir con Sweezy y Magdoff la tesis de una tendencia a la sobreproducción inherente al sistema, analizo la crisis no como excepción, sino como regla que rige a la acumulación. Ponemos entonces nuestra atención particular en las dificultades que encuentra el sistema en sus intentos por superar dicha tendencia. El crecimiento desmesurado —sin precedente en la histo-

ria— de la superestructura financiera en el que insisten Sweezy y Magdoff le da a esta crisis un nuevo rostro.

Más allá de lo económico, la crisis es también una crisis de la política y de la geopolítica mundial, justamente por la existencia de la nueva dicotomía entre una base mundializada (el sistema productivo) y una superestructura que no lo está (el Estado nacional). En nuestros debates sobre estas cuestiones, las contribuciones de Gustave Messiah, Luciana Castellina y Kinhide Mushakoji han hecho énfasis en el desafío que la crisis de la política en Occidente representa para el porvenir democrático de las sociedades: ¿cómo asegurar en estas nuevas condiciones el eventual acceso de las fuerzas populares al poder? ¿Cómo opera aquí la contradicción entre las aspiraciones populares y las prácticas de gestión tecnocrática de la sociedad? ¿Se traducirá la reaparición de brotes nacionalistas —no sólo en las periferias tradicionales (el Tercer Mundo) y nuevas (los países del Este), sino en los centros mismos, en Europa— en una crisis (o varias crisis) de la geopolítica, en el rechazo a la hegemonía de Estados Unidos? ¿Se trata ahora de la construcción europea o, por el contrario, de su estallido? ¿Conquistará Alemania a Europa, o constituirá su América Latina en Europa del Este? Son otras tantas preguntas cuyas respuestas, difíciles de prever, regirán también, en forma muy amplia, la evolución del sistema económico.

5) ¿Cómo se articula la crisis del capitalismo con la del socialismo?

Ni las concepciones de los participantes en nuestros debates sobre la naturaleza del objetivo (común) del socialismo mundial, ni las que se refieren a otros conceptos fundamentales, políticos (la democracia) o culturales, pueden reducirse a un abecedario elemental que compartiríamos.

Con todo, más allá de nuestras discusiones en estos ámbitos, compartimos el punto de vista de que una fase de la historia está ahora clausurada: la fase de bipolaridad entre las dos superpotencias (1945-1990). Esta banalidad no cierra el *dossier*: lo abre. Para algunos de nosotros, el socialismo realmente existente, como se lo llamó, era una variante del socialismo, así fuera «deformado por la burocracia» o incluso peor. Para otros —entre los que me incluyo— era una forma ambigua e inconsciente de expresión de un proyecto nacional popular. La forma

estatista dominante —que amurallaba a la contradicción interna a estas sociedades, a través de la cual se confrontaban las tendencias capitalistas y las aspiraciones socialistas— se reveló a la postre ya no como un tercer componente estable, sino como confesión de la profunda inestabilidad del sistema. Las lecciones a extraer del hundimiento de este sistema quedarán sin duda alguna a la orden del día por mucho tiempo.

La dimensión del cambio aparejada con este hundimiento menos difícil de tomar en consideración es sin duda la que atañe a la geoestrategia: murió la alianza entre el Tercer Mundo nacionalista y el sistema soviético. Pero más allá de esto, ¿constituye la apertura del Este a la expansión capitalista mundial, paralela a la profundización de su expansión en el Sur, una manera de superar la crisis? La respuesta a esta pregunta entraña respuestas a las preguntas sobre el ajuste —más o menos factible— de las periferias a las exigencias de esta expansión.

6) En la nueva mundialización ¿se convierte el conflicto entre centros (Norte-Oeste) y periferias (Sur y ex Este) en el punto nodal de los problemas planteados por el porvenir del sistema?

Nuestra respuesta común a esta pregunta general es que sí. Pero aquí también, esta visión compartida no excluye diferencias significativas en la manera de extraer su sentido y significación. Por ende, las divergencias son bastante marcadas en cuanto a las maneras de enfrentar este desafío.

Tal parece que en dos puntos importantes estas divergencias no excluyen un sentimiento común, para la mayoría de nosotros al menos. El primer punto es que será difícil para el Norte administrar su dominación sobre el Sur. Una «nueva guerra de cien años» entre Norte y Sur, llevada a cabo por medio de la manipulación y el control de los «conflictos de baja intensidad». Parece perfilarse en el corto plazo inmediato, pero ha de conducir a explosiones más brutales. El segundo punto es que, aún en el marco general del capitalismo, la supeditación total e incondicional de los Estados y de las sociedades del Sur a la lógica de la mundialización no es la única alternativa. El discurso ideológico dominante se empeña en vender esta idea absurda, que he calificado como «síndrome TINA» (*There Is No Alternative!*) (no hay alternativa [N. del T.]).

Más allá de estos puntos de acuerdo general, las percepciones de las estrategias posibles a más largo plazo constituyen el centro mismo de nuestros debates. Suponiendo que coincidamos en que el objetivo para nuestros pueblos de las periferias del Sur y del ex-Este se defina en términos de su autonomía respecto de la gravitación de la mundialización capitalista, de un contenido social que garantice que el mencionado desarrollo beneficie de manera efectiva a amplias clases populares, y de una gestión democrática de la vida política, económica y social de la nación, quedarían todavía por precisar los medios para lograr estos objetivos.

7) ¿Sigue aún vigente la desconexión en la necesaria autonomía de las estrategias de desarrollo en la periferia del sistema?

Utilizo adrede el término desconexión, por cuanto se halla precisamente en el centro de las discusiones e incluso de las controversias más interesantes. Descarto aquí los falsos debates que la ideología dominante —sobre todo a través del Banco Mundial— trata de substituir el verdadero debate. En estos debates, la desconexión se presenta como un intento absurdo por aislar dentro de un mundo convertido en aldea, etc. Acaso por cuanto los economistas convencionales son incapaces de salir de los estrechos horizontes de su formación (deformación) neo-clásica, o quizás por cuanto no están exentos de mala fe, la cual es evidente en el caso de los discursos institucionales, como —de nuevo— los del Banco Mundial, que cambian de disco según las evoluciones tácticas de la Casa Blanca; sin aludir jamás a ésta ni abrir sus expedientes a un debate que obligue a la institución a la autocrítica. El debate se sitúa desde luego en otra parte: si la mundialización es polarizante por naturaleza, una estrategia de desarrollo digna de este nombre debe encontrar los medios de limitar el poder de gravitación de aquélla, y por consiguiente de imponer un grado de autonomía del proceso de acumulación local respecto de las pesadas tendencias de la acumulación mundializada. Por lo demás, ¿no puso acaso en marcha Corea del Sur —cuyo éxito tanto se ensalza— políticas proteccionistas nacionalistas agresivas, en contraste total con las recetas impuestas a los demás por el Banco Mundial?

Así pues, más allá de estos falsos debates, el nuestro trata de situarse en el terreno de la historia y de la política real. En

este marco, parece que la mayoría de nosotros concuerda en que después de la Segunda Guerra Mundial se pusieron en marcha formatos (casi fórmulas) de desconexión que agotaron su potencial y dieron resultados muy diferentes de los que podían esperarse de ellos. Ya no están a la orden del día, ni de lo posible, ni de lo deseable para el porvenir.

Volvamos entonces sobre este pasado cercano para tratar de comprender su movimiento. La industrialización era sin duda la tarea que estaba a la orden del día, puesto que el contraste entre centros y periferias era sinónimo del contraste entre industrias y ausencia de ellas. Ninguno de los países de la periferia hoy más o menos industrializado, más o menos competitivo en este ámbito, llegó a este estadio sin poner en práctica políticas nacionalistas de desconexión (protecciones, subsidios, control de las relaciones exteriores, control de los recursos naturales nacionales, de los mercados internos y de los circuitos de financiamiento, incluso nacionalizaciones, etc.). En grados diversos según las relaciones sociales internas, estas medidas estuvieron asociadas a reformas sociales más o menos radicales. Aquellos países que llegaron a poner en marcha estas políticas nacionalistas sin entrar en conflicto político con las potencias occidentales se cuentan con los dedos de la mano, y deben el silencio que se hizo sobre su comportamiento a preocupaciones de geoestrategia global. Es así como el nacionalismo de Corea del Sur y Taiwán —pero casi diríase que sólo el nacionalismo— ha sido tolerado de hecho. Por lo mismo, para estos dos países el sistema mundial representó sin duda una contribución positiva. Pero sólo para ellos. ¿Fracasaron los demás, como se suele afirmar hoy en día? La expresión carece de sentido. Fracasaron sin duda en construir el socialismo, que se trate de los países del Este o del Tercer Mundo. Pero la construcción del socialismo no estaba a la orden del día en los verdaderos objetivos de la clase dirigente, por más que en algunos casos y dentro de ciertos límites dicha clase haya sido víctima de su propio discurso. Lo que estaba a la orden del día era la modernización y la industrialización, es decir, el desarrollo del capitalismo en estos países. Este objetivo se alcanzó a la perfección: ni Rusia, ni México, ni Argelia, ni Egipto, ni la India ni Brasil son hoy en día lo que habrían podido ser sin su desarrollo nacionalista, adornado o no con los colores del socialismo.

En nuestros debates, el verdadero problema se sitúa más allá de este estadio ahora superado. Hoy, las antiguas fórmulas de la desconexión sin duda han perdido su eficacia, al haber cumplido con su papel histórico, pero no fracasaron. ¿Requieren, de hoy en adelante, la prosecución de la acumulación y la del crecimiento una apertura mayor y por lo tanto menos controlable, como factor propicio al mejoramiento de la capacidad de competencia? Esta perspectiva puede ser ilusoria, y habrá que definir entonces los términos de una desconexión que responda a los nuevos desafíos.

En nuestros debates, las respuestas a estas cuestiones han sido moduladas en función de situaciones concretas, sin duda diferentes de un país a otro. Nadie ha excluido la posibilidad de que, en ciertos casos, la apertura acelere la modernización capitalista. Aún habría que precisar que incluso en este caso, la mayoría de nosotros considera que esta apertura debería ser muy selectiva. En estos casos, hay por lo tanto cierto margen de autonomía posible que podría utilizarse, si es que las circunstancias políticas lo permiten. En otros casos, y con toda seguridad en la mayoría de ellos, la apertura tendrá más bien que saldarse por una regresión y no podrá convertirse en una incitación eficaz. Éste es obviamente y *a fortiori* el caso de los países del «Cuarto-Mundo», que constituyen justamente aquellos que no lograron poner en práctica políticas nacionalistas de desarrollo en la etapa de posguerra que se ha terminado. ¡Por más que abra sus puertas —que nunca cerró—, Ruanda no atraerá los capitales que necesitaría para «despegar en la competitividad»! Este discurso dominante es en realidad tan absurdo que uno se pregunta por qué misterio consigue hacerse oír. Para estos países las viejas fórmulas de la desconexión no han perdido todo su sentido. De renunciar a ella, el sistema mundial proseguirá ahí —y para beneficio exclusivo de los centros— con su explotación salvaje, en particular con el pillaje de los recursos naturales (petróleo árabe o madera africana, tierras agrícolas destruidas por la expansión de culturas de exportación siempre más baratas, etc.), por sociedades multinacionales y/o por Estados *compradores* interpuestos. Nada más traerá la apertura.

Pero para algunos de nosotros el desarrollo desconectado sigue siendo, en todos los casos, tan limitado en cuanto a sus potencialidades que habría que sustituirlo por la perspectiva

de una transformación prioritaria que apuntara directamente al sistema mundial. En otras palabras, el socialismo mundial es la única alternativa. Se volverá sobre esta problemática.

8) Así, y en espera del socialismo a escala planetaria, ¿son posibles estrategias nacionales de transición (desconectadas) y populares?

Las estrategias desconectadas a las que nos referíamos no estuvieron al servicio de una construcción socialista. Como ya lo he dicho, estuvieron más bien al servicio de una acumulación capitalista acelerada. ¿Podrían ser ahora diferentes?

En este terreno, nuestro debate está por completo abierto en este terreno. Sólo constato que las respuestas a la pregunta llevan a interrograrse sobre la concepción que se tiene de la necesidad histórica, del carácter objetivo de las leyes de la historia, en particular de las leyes económicas. Para quienes se sitúan a este respecto en el borde extremo del espectro de opiniones, el fracaso de los intentos por «construir el socialismo» a partir de la herencia periférica era inevitable y hasta fatal. Esta fatalidad pesa sobre el porvenir. Es preciso por lo tanto desplazar el frente de ataque para imponer una batalla por el socialismo en su verdadero terreno: el del mundo entero.

Pero para otros —y no escondo que soy de éhos— la respuesta mundialista es bastante utópica. Por un tiempo todavía largo, el principal terreno de lucha seguirá siendo ante todo local. Es insoslayable una etapa que entiendo como «nacional popular». Hace falta definir sus estrategias eficaces. El socialismo mundial vendrá de la dialéctica de los progresos realizados en estos terrenos diversificados y de los progresos realizados de manera paralela en el campo de la lucha por «otro sistema mundial». Desde luego que esta formulación sólo deja planteada la interrogante: no la contesta. Desde luego que las respuestas —por fuerza concretas— conllevan también una visión teórica de la cuestión de la necesidad histórica objetiva. ¿Se pueden conciliar las leyes económicas llamadas objetivas y las exigencias de una visión social que se ubique al menos en parte «más allá del capitalismo»? Aquí me contentaré con señalar que mi respuesta a esta cuestión de principios es que sí.

9) Si es posible y se pone en marcha el proyecto de un desarrollo nacional y popular, en conflicto —al menos par-

cial— con las lógicas del capitalismo mundial y local, ¿cuál es entonces el lugar de la democracia en este proyecto?

Aquí también, las respuestas a esta interrogante convocan a las teorías y los conceptos de la democracia. Éstas son diversas, y es preciso reconocerlo. En el seno de nuestros grupos de discusión existen sin duda fervientes partidarios de una teoría que hace de la democracia un principio moral, incluso más allá de la política: se trata de la adhesión al principio de pluralidad de puntos de vista, al principio de institucionalización de los medios que permitan ir perfilando mayorías encargadas de la gestión de la sociedad, al principio de respeto de éstas hacia las minorías, e incluso al principio de institucionalización de procedimientos que faciliten los compromisos. En esta perspectiva, la democracia sería incluso «socialmente indeterminada» (en los términos de Carlos Vilas), es decir que podría funcionar al servicio tanto del conservadurismo como del cambio social progresista. Pongamos. La teoría propuesta, aunque idealista en el sentido filosófico del término, en lo personal no me parece que deba rechazarse, y menos aún inútil. Para otros de entre nosotros, el concepto de democracia es desde luego histórico y la democracia moderna es el producto del capitalismo, y por consiguiente burguesa. La democracia socialista está por construirse, junto con el socialismo.

Más allá de estas discusiones de fondo, nuestro debate trató más bien acerca de la coyuntura política en el capitalismo. ¿Anula esta coyuntura, es decir una vez más la polarización asociada al capitalismo realmente existente, las posibilidades de una democracia política, así sea burguesa, en las periferias del sistema? ¿No es la vulnerabilidad de dicha democracia —constatada de hecho— un indicador importante de la contradicción inmanente al capitalismo en este terreno? Tal parece que los puntos de vista de unos y otros convergieron aquí hacia un desplazamiento de la pregunta: de ser así, ¿cuáles son las formas posibles y deseables de progreso democrático en la larga transición nacional popular?

10) La mundialización, producto también del desarrollo de las fuerzas productivas, plantea ahora, por primera vez en la historia de la Humanidad, cuestiones nuevas que conciernen a la sobrevivencia del planeta y la universalización de la cultura. ¿Cómo puede analizarse y tratarse en estas condiciones la di-

mensión ecológica planetaria, en una perspectiva humanista? ¿Cómo puede ser aprehendida y tratada en estas condiciones la diversidad cultural en una perspectiva humanista?

En los grupos de reflexión constituidos en torno a la problemática de la mundialización, ninguno de nosotros ha querido soslayar estas cuestiones. Pero parece que el material conceptual que permitiría progresar en el análisis de estos problemas y de las respuestas prácticas por darles sigue siendo frágil.

Sobre la nueva dimensión ecológica, las posiciones muestran un amplio abanico de enfoques. Para unos —y no escondo que me cuento entre ellos— el capitalismo es por naturaleza incapaz de enfrentar el desafío, porque la racionalidad del cálculo económico que funda es por fuerza limitada a un tiempo muy corto, sin significación histórica, y porque incluso, más allá de estas consideraciones, los valores de la sociedad capitalista, dominados por lo económico (he dicho al respecto que la ley del valor no sólo gobierna la economía capitalista, sino la sociedad en todas sus dimensiones), no permiten integrar el concepto de tiempo ilimitado en el proceso de decisión. Quizás y a pesar de lo anterior, para otros la sociedad política moderna —así sea capitalista— sea capaz de dar respuestas aceptables al desafío ecológico. Desde luego que éstos no ignoran que las respuestas conllevan una reorganización del sistema mundial de acuerdo a las exigencias de una gestión aceptable de los recursos del planeta. De entre nosotros, nadie acepta al parecer las engañosas difundidas por los dueños del mundo, preocupados antes que nada por proseguir con el pillaje de los recursos del planeta para beneficio exclusivo del despilfarro occidental, como lo ilustró con amplitud la arrogancia de los Estados Unidos en la Conferencia de Río de Janeiro (Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, CNUMAD, junio de 1992 [N. del T.]).

14 de junio de 1992, Conferencia de Naciones sobre Medio ambiente y desarrollo, CNUMAD.

Por lo que toca a las perspectivas culturales, el abanico de opiniones es al menos tan amplio como en otras cuestiones. Para algunos —entre los que me incluyo— el capitalismo ha impuesto ya su cultura, así sea su versión trunca aparejada con el carácter no homogeneizante de la expansión capitalista mundial. En esta perspectiva que, lo admito, entraña una teoría no culturalista de la sociedad (e incluso posiciones anticul-

turalistas), la cultura del capitalismo es una cultura capitalista y no «occidental», como se dice a menudo y de manera apresurada. El *impasse* y las ambigüedades de la situación, los reflejos de rechazo culturalista hacia Occidente e incluso las actitudes paseísticas neuróticas en este plano son producto de la polarización capitalista —que opera en el plano de la realidad de la vida cotidiana— y no producto de la «cultura occidental». Pero para otros, la diversidad cultural conserva como es obvio una dimensión que transgrede las consideraciones hechas aquí.

De cualquier manera, las cuestiones que acabamos de evocar, y presentes en nuestros debates sobre la mundialización, han sido descartadas adrede en este volumen. Queríamos concentrar aquí la atención en las cuestiones relativas a la acumulación mundializada, y evitar que éstas se disuelvan en un discurso que por hablar de todo terminara por difuminarse.

11) Como conclusión de estos debates multiformes, se vuelve sobre la cuestión nodal: ¿dar prioridad al campo local de despliegue de las transformaciones, o al campo mundial?

Los límites de lo posible —al menos en apariencia— y realizable en el marco local-nacional han contribuido sin duda al renacimiento del globalismo. La batalla —por el socialismo— ha de conducirse en este terreno. No hay más terrenos. Para los más fervientes partidarios de esta opción, el mismo capitalismo crea por cierto las condiciones de este despliegue internacional —e internacionalista—, en particular al recrear la comunicación entre el «ejército activo» y el «ejército de reserva». Me refiero aquí a la tesis de Giovanni Arrighi, y a mis comentarios en la presentación de esta obra. No volveré por ende sobre aquélla.

Para todos los demás, la cuestión de la interacción global-local sigue vigente y lo seguirá siendo todavía por un buen tiempo histórico. El interés de los estudios regionales reunidos en esta obra consiste justamente en de suministrar los elementos que permitan singularizar esta dialéctica, en función de las particularidades de la mundialización, enfocada desde la perspectiva de cada uno de ellos.

II

Seré más breve en lo que concierne a los estudios regionales propuestos en este volumen. Por la calidad de su reflexión, éstos hablan por sí mismos. Queda el riesgo, sin embargo; de que pese a todos los esfuerzos desplegados para que las síntesis presentadas en estos textos sean ricas —y lo son sin duda—, una parte de nuestros debates se pierda para el lector. Por lo mismo, quisiera tan sólo agregar a estas síntesis un rápido recuento de los puntos de discusión que a mi juicio no deben olvidarse.

Al escoger mirar el mundo desde seis regiones del Sur (América Latina, el mundo árabe, el África negra, el subcontinente indio, el sudeste asiático, y Asia del Este), partimos de la hipótesis de que, más allá de la geografía, estas regiones «existen» como conjuntos ciertamente no-homogéneos, pero con ciertos rasgos comunes, de origen histórico o cultural, y con ciertas manifestaciones análogas en su desarrollo reciente. Ello podría constituir la base de una regionalización enfrentada y enlazada con la mundialización. Volveremos sobre estas cuestiones, pero señalemos de entrada que las regiones consideradas no pueden ser aisladas de la mundialización.

1) América Latina (y las Antillas) evoluciona hacia integraciones regionales abiertas sobre el sistema mundial. En este aspecto, recibe todas las felicitaciones del Banco Mundial de nuevo cuño, al parecer favorable ahora a estas regionalizaciones. Terminaron los sueños nacionalistas del Pacto Andino. El reagrupamiento Brasil-Argentina-Uruguay aspira a estar «abierto» a la competitividad internacional. México llegó incluso a encontrar de utilidad su asociación con los Estados Unidos y Canadá en un «mercado común» —de las mercancías y los capitales, pero no desde luego de los trabajadores—. Mañana, por ende, el nuevo muro —en el sentido propio del término, de muro de cemento armado— a lo largo del Río Grande hará palidecer al Muro de Berlín. Y desde ya el número de muertos entre los desdichados candidatos del pueblo mexicano al acceso al paraíso del consumo —incluida su versión pobre— supera al del muro alemán. El mercado común norteamericano escinde a México en un México «texano» y otro «guatemalteco», con lo que se reproduce la fractura que en el

siglo XIX permitió que los Estados Unidos se anexaran la mitad norte del México de entonces —la mayor parte del Oeste de hoy—.

¿Es el drama de América Latina el producto de sus cinco siglos de historia, tesis que H.S. Michelena desarrolla en su contribución para levantar serios interrogantes sobre la formación cultural de aquélla? ¿No se ha agravado acaso este drama por el hecho de que esta región intenta hoy en día «ajustarse» a un centro quizás declinante, los Estados Unidos? ¿O por el hecho de que el continente no contempla con seriedad la diversificación de sus relaciones exteriores, en dirección a Europa o al Japón? Algunos de los participantes en nuestros debates ponen el acento en esta insularidad americana que, de Monroe a Clinton, pasando por Bush, no es cuestionada por sus competidores europeos y japoneses.

Pero América Latina está también —para ventaja suya— adelantada sobre Asia y África por lo que toca a la cuestión de la democracia. Aquí la opción democrática parece haber salido por fin del círculo de las élites minoritarias para esbozar un arraigo popular. De ser así, el renuevo de luchas anti-imperialistas que se abran sobre perspectivas socialistas verá reforzarse aquí sus oportunidades.

2) Sin duda, no hace falta repetir aquí lo que dice F. Yachir sobre la mundialización vista desde la perspectiva árabe. Yachir critica el contraste entre capitalismo de Estado y capitalismo privado, dominante en el discurso ideológico árabe, para sustituirlo o por el que opone capitalismo nacional y capitalismo *compradore*, y relativizar así el alcance de las medidas de «liberalización» y de «privatización».

Así pues, creo que es útil otorgar a la región árabe el lugar geoestratégico que le corresponde. Como el África subsahariana, el mundo árabe hereda de su historia colonial una marcada «complementariedad» respecto de Europa y, por este hecho, es particularmente vulnerable a las políticas de la Comunidad Económica Europea (CEE, hoy Unión Europea [N. del T.]). En el plano político, los esfuerzos europeos desplegados para evitar a toda costa que la tendencia unitaria árabe se refuerce no deben ser subestimados en el análisis de las perspectivas económicas de la región (en particular los esfuerzos desplegados para separar al Maghreb del Mashrek, para ama-

rrar el primero al tren europeo y entregar el segundo a la hegemonía regional israelí).

Desde luego que estas estrategias geopolíticas —¿de Europa? ¿O de Gran Bretaña y Francia? ¿Y cuál será en este caso la actitud de Alemania al respecto?— no eliminan a los Estados Unidos de la región. Éstos miran a Oriente Medio (una región que, más allá del Mashrek árabe, abarca Turquía, Irán, Afganistán y el Cuerno de África) como una región en esencia estratégica desde el punto de vista militar —el flanco sur de la ex Unión Soviética— y como un pozo petrolero. La primera de estas funciones ya no tiene razón de ser. En cambio, el control del petróleo —y por este medio la afirmación de la hegemonía estadounidense sobre Europa y el Japón— no ha perdido nada de su importancia, como lo muestra la guerra del Golfo.

Estas preocupaciones estratégicas obligan a dar a Turquía, Irán y Afganistán su lugar en el análisis de las perspectivas. Nuestros colegas turcos son unánimes en considerar que cualesquiera sean los desengaños de su política, la clase dirigente turca no canjeará su ambición europea —y de paso su opción laica—, por un ilusorio «empantanamiento» (según sus propios términos) en un neo-otomanismo (en dirección del Mashrek árabe) o en un sueño de panturquismo (en dirección del Asia central turcófona) no menos ilusorio. Antes bien, Turquía intervendrá puntualmente en el Mashrek para negociar mejor su posición en Europa y, en «acuerdo competitivo» con Rusia, en Asia central. Irán, sumergido en la noche del fundamentalismo, vive una regresión en dirección a una *compradorización* de bazar que anula sus potencialidades. Afganistán está en una situación de descomposición todavía más grave, que sólo Somalia puede superar.

Así, y por ahora, el potencial de la región frente al desafío de la mundialización está por completo anulado. El «renuevo» islamista viene así a completar —en forma conciente o no— el proyecto de una *compradorización* de segundo orden. Es probable que esta fractura se esté sumando —y no por casualidad— a la anterior, puesto que las realizaciones de la fase nacionalista previa a su hundimiento son modestas, como lo muestra el análisis: en el ámbito de la competitividad exterior de sus industrias, en el de la autosuficiencia agrícola, en el ámbito financiero (la deuda exterior es masiva, pese a los medios obtenidos gracias al petróleo), el fracaso del mundo árabe es indiscu-

tible. Quizá convendría completar la lectura del capítulo consagrado a dicho mundo con las conclusiones de estudios más especializados llevados a cabo en otros programas del Foro del Tercer Mundo, en particular de los que se refieren al balance del proyecto árabe de desarrollo nacionalista (H. Ait Amara, S. Khenass, F. Yachir), a la dimensión geoestratégica de la región (S. Amin *et al.*), a sus relaciones políticas con las Europas (M. Capron *et al.*), y a la dimensión ideológica y cultural de sus problemas (F. Charaffeddin, B. Galiun, F. Mansur).

3) No volveré sobre las propuestas hechas por B. Founou sobre el África subsahariana: ponen el acento en la raíces de la cuartomundización del continente (la herencia de productividades agrícolas en extremo débiles, agravada por la colonización y luego por los acuerdos de Lomé, mismos que mantuvieron de manera artificial al África en esta división del trabajo superada), y en las especificidades del Estado y de la política que de ello se desprenden (migraciones internas destructivas, ausencia de un concepto mínimo de solidaridad nacional). Estos análisis también precisan la lectura complementaria de las obras publicadas por el Foro del Tercer Mundo en el marco de sus programas africanos (P. Anyang Nyong'o, I. Mandaza, L. Gakou, F. Yachir, H. Ait Amara).

4) En el análisis que nos propone A. Bagchi, el subcontinente indio, y la India en particular, ofrecen la imagen contrastada de una región que ha franqueado algunas etapas de un desarrollo nacional (mas no popular), pero que por esta misma razón (el carácter no popular de su desarrollo) corre el riesgo de graves regresiones en la nueva fase de la mundialización.

En su contribución, como en las animadas discusiones que ocasionó en nuestro grupo, Bagchi se dedicó —con éxito— a demoler algunos clisés que la clase dominante india trata de acreditar, no sin el relevo de la ideología mundialmente dominante.

El primero de estos clisés concierne al trasfondo histórico. Contrariamente a la leyenda colonial, la burguesía india no ha sido fabricada por la «mundialización» impuesta por Gran Bretaña. Ha sido destruida por ésta; lo comprueba el tenaz declive de las actividades no-agrícolas a lo largo del siglo XIX —de 1820 a 1900—.

El segundo de los clisés concierne al «mito Nehru». Bagchi demuestra que los límites estrechos del «nacionalismo» indio prohiben compararlo con el de Corea del Sur, por ejemplo. El estatismo de Nehru estuvo siempre abierto a la gran burguesía india y al capital internacional; en forma paralela, las reformas sociales no pasaron de ser modestas; al ser la alianza con la clase de los grandes propietarios agrarios dominantes en el norte del país la piedra angular del sistema.

Dada esta herencia, la India se encuentra confrontada a los desafíos de la nueva mundialización en condiciones que le son poco favorables. No se dotó de medios que le permitieran la absorción acelerada de tecnologías competitivas. Su regresión política hacia la derecha es, así pues, la consecuencia normal de la evolución de su clase dirigente. En estas condiciones, la privatización no contribuye a reforzar una liberalización favorable a la iniciativa productora, sino la «comercialización predadora» (según la expresión de Bagchi); todavía más marcada en Bangladesh y en Paquistán, donde tuvo siempre la dimensión de una *compradorización* de bazar. Todo esto produce una «pauperización sin proletarización» y, de rebote, refuerza los irredentismos regionales, manipulados por camarillas que apuntan a controlar la política local. Sin embargo, la India es, por lo menos hasta ahora, una democracia política, en contraste con el mundo árabe y el Oriente Cercano islámicos. Para la burguesía dominante, ésta es quizás la única manera de administrar el conjunto de las contradicciones entre sus diferentes facciones nacionales (burguesía industrial, tecnocracia, grandes propietarios rurales, *kulaks*, burguesía mercantil) y regionales. Pero se encuentran también aquí cuestiones que involucran la dimensión cultural de los problemas.

5) El sudeste asiático, estudiado por S. Prasarsset, y el Este asiático (Corea del Sur y Taiwán), estudiado por G. Aseniero, merecen una mirada de conjunto, por el papel dominante del Japón en toda la región.

Con todo, la región muestra fuertes contrastes. Como lo muestra S. Prasarsset, la mundialización en el sudeste asiático descansa en tres factores: un «desarrollismo» tecnoburocrático inspirado en el Banco Mundial, el «consumismo» de las clases medias urbanas y la doctrina policíaca de la «Seguridad Nacional». Es poco si se compara con el nacionalismo coherente

de las clases medias de asalariados y de pequeños empresarios que predomina en Corea del Sur y Taiwán.

En el sudeste asiático, el crecimiento se mantuvo en los años sesenta con la ayuda exterior, como por lo demás en Corea del Sur y Taiwán, donde por razones geoestratégicas propias de los Estados Unidos, la ayuda superaba todos los límites imaginables (sólo la supera en términos relativos la ayuda recibida por Israel, por razones estratégicas análogas). Pero mientras que en el sudeste asiático la ayuda fue sustituida por el endeudamiento exterior durante los años setenta, en Corea del Sur y Taiwán fueron las exportaciones industriales las que tomaron el relevo.

En estas condiciones, el sudeste asiático entra en la fase nueva de la mundialización con evidentes rezagos: dada su baja capacidad de absorción tecnológica (en contraste con Corea y Taiwán), finca sus ilusiones en una reubicación industrial bajo la égida del capital internacional en las zonas francas que se benefician de salarios módicos otorgados en los países de la región; y esto ahora que la tendencia a la automatización en las industrias vinculadas con tal tipo de proyectos ha invertido el movimiento y anulado las ventajas de la reubicación en los años setenta.

Sin duda la estructura de las alianzas sociales hegemónicas tiene singularidades que las diferencian de un país a otro. En Malasia, el tandem Estado malasio/burguesía china desafía a la homogeneidad de la clase dirigente. En Tailandia se encuentra un fenómeno análogo, aunque atenuado por la fuerte tradición estatista de la monarquía local. En Indonesia, el populismo nacionalista de la época de Sukarno se ha ido degradando para beneficio de una *compradorización* de bazar, que alimenta a su vez al islamismo. En las Filipinas, los Estados Unidos nunca lograron desarmar la revuelta popular, ni con la dictadura sanguinaria de Marcos, ni con la «democracia» de Aquino. Por lo tanto, tampoco hay aquí nada comparable en estos planos a la homogeneidad nacional de las clases dirigentes —pero también de los pueblos— de Corea del Sur y Taiwán. Tanto es así que un talentoso analista japonés (Yoshikara Kunio)⁴ llega a hablar de un «*ersatz* del capitalismo» a propósito del sudeste asiático.

4. Yoshikara Kunio, *The rise of ersatz capitalism in South East Asia*, Manila University Press, 1988.

Nos referimos también en el texto a las contribuciones de los autores de este

Los desafíos son, no obstante, de naturaleza similar para toda la región. ¿Puede continuar la expansión capitalista local, en el marco de la nueva mundialización y, claro está, en el de la lógica capitalista, mundial e interna? Una respuesta positiva conlleva un ajuste mayor de la tecnología y una «regulación» de la lucha de clases (y de sus compromisos) mediante una democracia controlada. Corea del Sur y Taiwán quizás estén comprometidos en este camino; el sudeste asiático no lo está.

El porvenir de la región depende también y en gran medida de otras incógnitas, que conciernen al sistema mundial. Durante los años setenta y ochenta, la mundialización dinamizó sin duda a la región en su conjunto. Primero, porque durante estas décadas Japón dio pruebas de un marcado dinamismo, más marcado todavía que el de Europa durante los años sesenta y setenta. ¿Pero no se muestra el Japón más vulnerable de lo que apareció hasta ahora? ¿No sigue siendo el mercado estadunidense el de mayor importancia para el Japón, y no tiene acaso este mercado tendencia a reaccionar a su «invasión» por medios cada vez más «duros»? Sin duda, durante las décadas anteriores los factores internos también fueron favorables a esta dinamización, no sólo —como es obvio— en Corea del Sur y en Taiwán, sino también en el sudeste asiático, aunque en menor grado. Pero ya se han señalado los límites con que se toparon estos factores y las contradicciones que este modelo no logró superar. Si a ello se suma la competencia que opone a los países del sudeste asiático entre sí en la conquista de nuevas posiciones, no son pocas las reservas que suscita el «milagro asiático», con demasiada frecuencia descrito en términos vagos y generales. Incluso ahí en donde las condiciones son las más propicias, como en Corea del Sur, las restricciones a las libertades públicas han entrado a formar parte del pasivo del balance. Se dice que el Japón ha empezado a inquietarse por la unidad coreana que se perfila. Los Estados Unidos consideran desde ya que «una sola Corea» es demasiado... ¡para el mercado interno de América del Norte! Con semejantes gravámenes, que habrán de hacerse sentir

volumen y a los del volumen II (Pablo González Casanova, Peter Anyang Nyong'O, Samir Amin, George Aseniero, Carlos Vilas, Nirmal Chandra).

Nos hemos referido asimismo a las obras de la colección Foro del Tercer Mundo (véase la bibliografía).

cada vez más, ¿podrán los pueblos de la región revertir la evolución en el sentido nacional y popular evocado más arriba? En esto consiste el verdadero dilema.

Como es obvio, el porvenir de la región —y mucho más allá— difícilmente se puede imaginar al margen de su relación con China. Como no habíamos incluido estas cuestiones entre los objetivos de esta obra, no iremos más lejos.

6) Con excepción de China y de la India, ningún país del Tercer Mundo —ni tampoco de Europa— tiene el tamaño suficiente para afrontar en el aislamiento los desafíos de nuestra época. El discurso sobre la regionalización ahora convertida en exigencia, encuentra en esto su justificación. Ahora bien, es bastante obvio que cada una de las regiones consideradas en esta obra constituye sencillamente un conjunto plausible —al menos tanto como Europa— por su historia y su nivel de desarrollo. ¿Por qué no constituirían entonces la osatura de regionalizaciones que apuntaran a una integración económica y —como ésta no puede funcionar más que si los progresos de la conciencia política acompañan a su movimiento— a una integración política, que desde luego no tiene por qué dejar de ser flexible y respetuosa de las «diferencias»? Vista así, la regionalización sigue siendo un proyecto ingenuo, que desconoce los obstáculos reales que se oponen a su realización.

El primero de estos obstáculos es la mundialización misma. La polarización que conlleva no homogeneiza a las periferias, antes bien contribuye a su diferenciación, casi hasta el infinito. La historia ilustra el hecho de que a este respecto la expansión capitalista tiene efectos contrastados: en sus centros favorece a las fuerzas centrípetas, mientras que en sus periferias refuerza las fuerzas centrífugas, como bien puede verse en Europa del Este, en la ex Unión Soviética, en la ex Yugoslavia y en la ex Checoslovaquia, como por lo demás en África. Entre las primeras de estas fuerzas centrífugas se encuentran los intereses locales dominantes en las regiones periféricas, cuyo principal rasgo consiste justamente en la naturaleza de sus burguesías *compradore*.

El proyecto que dio lugar al presente volumen no tenía la ambición de construir una alternativa progresista a la mundialización capitalista, sino tan sólo la de profundizar en el debate sobre ésta. De la misma manera en que más arriba hemos

abordado las cuestiones relativas a las formas eventuales de alternativa nacional popular y de transformación progresista del sistema mundial, la alternativa que pudiera representar la regionalización no está incluida en esta obra, más que como contrapunto a los análisis centrados en el capitalismo realmente existente. Sólo diremos entonces en su favor que constituye un elemento sustancial de esta desconexión insoslayable, que difícilmente podría progresar de manera significativa en ausencia de ella. Pero una vez más, si no se quiere poner la carreta por delante de los bueyes, es preciso subrayar que el eventual progreso en esta dirección sólo puede derivarse de, pero jamás preceder, a cambios sociales internos que sustituyan las alianzas *compradore* locales hegemónicas, y que abran paso a la expresión de la hegemonía de las clases populares.

A falta de decirlo claramente, el discurso convencional sobre la regionalización se vuelve ambiguo, y puede incluso servir de pretexto a las clases dirigentes en turno, que fingen una supuesta «impotencia» e imponen a sus pueblos una sumisión unilateral a las restricciones de la mundialización, so pretexto de que «no hay alternativa». El discurso sobre la regionalización puede servir entonces de coartada para justificar unas formas y un contenido favorables a la mundialización capitalista, en vez de ser el medio de su transformación progresista. La regionalización, entendida como relevo de la mundialización, oposición a la regionalización concebida como parte de la desconexión, tal es el verdadero dilema.

Bibliografía

Sobre el mundo árabe

- AIT AMARA, Hamid: *L'agriculture méditerranéenne dans les rapports Nord-Sud*, París, L'Harmattan, 1992.
- AMIN, Samir et al.: *Les enjeux stratégiques en Méditerranée*, París, L'Harmattan, 1992.
- y Faycal YACHIR: *La Méditerranée dans le monde*, París, La Découverte, 1988.
- CAPRON, Michel et al.: *L'Europe face au Sud, les relations avec le monde arabe et africain*, París, L'Harmattan, 1991.
- CHARAFFEDDINE, Fahima: *Culture et idéologie dans le monde arabe contemporain* (en prensa).

- GALIUN, Burhan: *Le malaise arabe*, París La Découverte, 1991.
- KHENASS, Smaïl: *Le défi énergétique en Méditerranée*, París, L'Harmattan, 1992.
- MANSOUR, Fawzy: *L'impasse du monde arabe*, París, L'Harmattan, 1990.
- YACHIR, Fayçal: *La Méditerranée dans la révolution technologique*, París, L'Harmattan, 1992.

Sobre el África subtropical

- AIT AMARA, Hamid et al.: *L'agriculture africaine en crise*, París, L'Harmattan, 1989.
- ANYANG NYONGO, Peter et al.: *Afrique: la longue marche vers la démocratie*, París, Publisud, 1988.
- GAKU, Lamin: *Crise de l'agriculture africaine*, París, Silex, 1984.
- MANDAZA, Ibbo et al.: *l'Afrique australe face au défi sud-africain*, París, Publisud, 1989.
- YACHIR, Fayçal: *Crise et redéploiement de la sidérurgie*, París, Silex, 1984.
- : *Enjeux miniers en Afrique*, París, Karthala, 1987.

AUTORES

SAMIR AMIN. Obtuvo su doctorado en la Universidad de la Sorbona; trabaja en Third World Forum, The United Nations University, con sede en Dakar, Senegal. Ha publicado entre otros: *Capitalismo periférico y comercio internacional* (1974); *El capitalismo periférico* (1974); *El desarrollo desigual: ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico* (1974); *Imperialismo y desarrollo desigual* (1976); *L'économie arabe contemporaine* (1980); *La crisis de la sociedad árabe* (en árabe) (1985); *El eurocentrismo: crítica de una ideología* (1989).

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA. Obtuvo su doctorado en la Universidad de la Sorbona, es profesor e investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde actualmente se desempeña como director del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades. Es autor de numerosas obras de ciencias sociales entre las que se encuentran: *La democracia en México* (1965); *Sociología de la Exploración* (1969); *Imperialismo y liberación en América Latina* (1978); *El Estado y los partidos políticos en México* (1981), etc. Como coordinador destacan entre otras: *América Latina hoy* (edición en inglés) (1993); *Estados Unidos hoy* (1984); *Las elecciones en México. Evolución y perspectivas* (1985).

GEORGE ASENIERO. De nacionalidad filipina. Es Doctor en Relaciones Internacionales por la Graduate School of International Studies, de la Universidad de Ginebra, Suiza. Se desempeña como consultor de la Universidad de las Naciones Unidas con sede en Tokio, y de la Secretaría

de Relaciones Exteriores del gobierno filipino. Entre sus publicaciones más recientes figuran: «México in NAFTA: Implications for ASEAN and the Philippines», estudio preparado para el Departamento de Relaciones Exteriores del gobierno filipino (1993), y «Asia in the World Economy», en Sing C. Chaw y Robert Denemark (eds.), *The Underdevelopment of Development: Essays in Honor of André Gunder Frank* (1995).

AMIYA KUMAR BAGCHI. Académico de nacionalidad indú. Doctor en Filosofía. Profesor y Director del Centro para Estudios en Ciencias Sociales de Calcuta. Ha sido profesor invitado en la Universidad de Bristol. Asesor de la Organización Internacional del Trabajo. Entre sus más importantes publicaciones destacan: *Private Investment in India 1900-1939* (1972), *The Political economy of Underdevelopment* (1982), *The Evolution of the State Bank of India: The Roots 1806-1876* (1987), *Public Intervention and Industrial Restructuring in China, India and Republic of Korea* (1987), *Presidency Banks and the Indian Economy 1876-1914* (1989).

GERMELINO M. BAUTISTA. Economista de nacionalidad filipina. Entre otros trabajos ha publicado: *The structure and employment opportunities in three Philippine village* (1986); *The forestry crisis in the Philippines: nature, causes and Issues* (1990); *The limits to State intervention in economic and social transformation in a underdeveloped country: the Philippine case* (1990); *Natural resources, economic development & The State: The Philippine experience* (1994). Actualmente es Profesor del Ateneo de Manila University.

ARMANDO CÓRDOVA. De entre sus publicaciones destacan: «Caracterización de la crisis actual y estrategia del gran capital», *Nueva Sociedad* (Caracas), 53 (marzo-abril 1981); *Marxismo y subdesarrollo* (1972); *Inversiones extranjeras y subdesarrollo: el modelo primario exportador imperialista* (1973); con H. Silva Michelena: *Die wirtschaftliche struktur lateinamerikas, Drei studien zur politischen Okonomie der Unterentwicklung* (1969) y *Aspectos teóricos del subdesarrollo* (1967); y con otros: *Investigar en Venezuela* (1983).

BERNARD FOUNOU-TCHUIGOUA. Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad París VIII y director de investigación en Third World Forum African Office, The United Nations University, con sede en Dakar, Senegal. 1970-1972: Profesor en la Facultad de Leyes y Economía en Algeria University. 1972-1984: Profesor en el IDEP (African Institute Development and Planning). Es miembro de The Third World Forum desde 1984. Es autor de las publicaciones: *Les fondements de l'économie de traite au Sénégal; L'Exploitation de la force de travail au Soudan; Les implications du Plan d'action de Lagos sur les Politiques agro-alimentaires*.

mentaires en Afrique; también dirigió: *L'agriculture africaine en crise dans ses rapports avec l'Etat, l'industrialisation et la paysannerie*. Actualmente se encuentra trabajando en un proyecto del World Forum: «An Alternative to the Crisis for Africa and the Middle East».

SUTHY PRASARTSET. Actualmente se desempeña como profesor de Economía y Política Económica en la Facultad de Economía de la Universidad Chulalongkorn. Ha sido Director de grupo de estudios en política económica. 1978: investigador visitante del Institute of Developing Economies, Tokio. 1981: profesor visitante (Fulbright) en el Center of Southeast Asian Studies, V. de Northern Illinois. 1984: investigador visitante del Institute of Social Studies, La Haya. 1990: investigador visitante de la Ruykoku University, Kioto, Japón. Obras publicadas sobre política económica de Tailandia: *Japanese Investment in Thailand; Democratic Alternatives for Maldevelopment y The Thai Case*.

HECTOR SILVA MICHELENA. Destacamos, entre otros, los artículos de revista: «Los efectos de la dependencia tecnológica», *Investigación Económica*, 36 (enero-marzo 1977); con otros autores: «Aspectos teórico-metodológicos del pensamiento en torno a la industrialización y desarrollo en América Latina» y «Proposición por la vida, la paz y la democracia (sugerencias a los investigadores sociales de América Latina y el Caribe)», *Economía y Ciencias Sociales*, 26-I (enero-abril 1987).

FAIÇAL YACHIR. Doctor en Economía (Universidad de París) y en Ciencia Política (National Foundation of Political Science, París). Profesor de Ciencias Económicas y Políticas en la Universidad de Argelia. Investigador Invitado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades (UNAM). Ha publicado entre otros libros: *Enjeux Miniers en Afrique* (1987); *The Mediterranean* (1988); *La Méditerranée dans la Révolution Technologique* (1992).

VOLUMEN I
MUNDIALIZACIÓN Y ACUMULACIÓN

Índice del volumen I	7
Prefacio, <i>por Samir Amin y Pablo González Casanova</i>	9
Introducción. Mundialización y acumulación capitalista, <i>por Samir Amin</i>	11
América Latina: el largo ciclo de la transnacionalización, <i>por Héctor Silva Michelena y Armando Córdova</i>	51
El factor transnacional en la economía árabe contemporánea, <i>por Fayçal Yachir</i>	89
El África subsahariana. La cuartomundialización en crisis, <i>por Bernard Founou-Tchuigoua</i>	141
Sudáfrica en el seno del sistema global, o las encrucijadas de la lucha por la democratización, <i>por Samir Amin</i>	209
Trasnacionalización en Asia del Sur, <i>por Amiya Kumar Bagchi</i>	217
Estado y proceso de acumulación en el Sudeste asiático, <i>por Germelino M. Bautista</i>	257
Las consecuencias de la crisis de transnacionalización para el Sudeste asiático (Indonesia, Filipinas, Malasia y Tailandia), <i>por Suthy Prasartset</i>	275

Tailandia al borde de la catástrofe económica, por Suthy Prasartset	301
El contexto transnacional del desarrollo de Corea del Sur y Taiwán, por George Aseniero	325
Conclusión. El debate sobre la mundialización, por Samir Amin	367
 Autores	 391

VOLUMEN II
EL ESTADO Y LA POLÍTICA EN EL SUR DEL MUNDO

Índice del volumen II	7
Prefacio, por Samir Amin y Pablo González Casanova	9
 El colonialismo global y la democracia, por Pablo González Casanova	11
El África negra en el sistema económico y político mundial. La autocracia en contra del desarrollo y la democracia, por Bernard Founou-Tchuigoua	145
Estado, política y economía en el mundo árabe, por Samir Amin	203
La dinámica del poder: las fuerzas armadas, la burocracia y el pueblo, por Akmal Hussain	237
Desarrollo capitalista y crisis de la política india, por Nirmal Kumar Chandra	263
Estado, desarrollo y democracia en el este y sudeste de Asia, por George Aseniero	315
Estado, sociedad y democracia en América Latina: notas sobre la problemática contemporánea, por Carlos M. Vilas.	347
 Autores	363
Índice general	365